

PLAYA PARAÍSO, UN CANTO A LA AMISTAD

por Miguel Ángel Contreras Nieto

Playa Paraíso es un canto a la amistad. En esta novela, Gustavo Marcovich da una voz única a sus personajes y encuentra la voz de una generación de jóvenes: los descendientes de las familias que, por motivos políticos, se vieron obligadas a abandonar sus países de origen para refugiarse en México, procedentes de Argentina y posiblemente de España.

Una obra divertida, escrita con el estilo Marcovich, que enlaza ironía con observaciones agudas y una trama, ligera en apariencia, que encierra en el fondo varios de los temas fundamentales de la literatura de todos los tiempos. Entre ellos, la búsqueda del sentido de la vida.

Un grupo de jóvenes ochenteros emprende un viaje hacia su paraíso particular: una playa semi escondida, ubicada cerca de Acapulco.

El consumo de alcohol, mariguana y comida son los vehículos para ir descubriendo los resortes que mueven a estos jóvenes de rasgos intelectuales, sus relaciones interpersonales, ya románticas y sexuales —o simplemente sexuales—, pero, sobre todo, sus vínculos de amistad.

Los personajes pertenecen a la clase media alta de la capital del país. Cinéfilos, conocedores de Buñuel, Bergman y Woody Allen, acostumbran

comer hamburguesas en el Tom Boy y escuchan a los Doors, Pink Floyd y Blondie.

La amistad es el argumento motor de esta obra, y se define a cada paso como el aspecto más importante de la existencia. El narrador protagonista parece decir entre líneas: puedes vivir sin alimento, sin amor, y hasta sin mota, pero no puedes vivir sin amistad verdadera. Así suelen ser las apreciaciones en la juventud temprana.

Quizá por eso, al narrador le duele doblemente el engaño que le hizo su novia con su amigo. ¡Precisamente con su amigo! Me dolía más que ahora estuviera con ése que se decía mi amigo, confiesa, furioso, antes de preguntarse: ¿cómo podía vivir el cabrón sabiendo que yo sabía? Mató la amistad, le valió madres. Y, respecto a otro personaje, apunta más tarde: teníamos una amistad: algo sagrado.

Los protagonistas han leído a Marx y Engels, Salgari, de Saint-Exupéry, y Salinger. Son amantes del fútbol y del ajedrez, lo mismo que de los palíndromas. De seguro no militan en el Partido Comunista Mexicano, sin embargo, se confiesan simpatizantes de esa corriente.

Sí, lo chistoso del marxismo es que es cosa seria, reflexiona uno de ellos. Por eso por acá no votan. ¿Para qué? No necesitan mayor cosa y, mientras no los molesten, así seguirán. Para el capitalista, lo único importante es ganar lo más que pueda, apunta otro. ¿Para qué? Pues para tener más poder.

Hay que destacar que son, por encima de todas las cosas, una pandilla en búsqueda de su utopía personal, en búsqueda de que la sociedad los deje vivir a su aire. Éramos lo bastante ingenuos como para concebir un mundo justo o, al menos caritativo, dice el narrador, pareciera que lo único que buscábamos era olvidar nuestras miserias, perder la conciencia a través del cuerpo.

Esa pérdida de conciencia la intentan a fondo por medio del alcohol, la marihuana y los hongos. Y, ¿cómo no lo habían de intentar de esta forma? Si la conciencia destruye la esencia del sueño, y para preservar éste es indispensable la inconciencia, cuando no la locura, la existencia fuera de sí, como en el caso de Don Quijote.

De manera que, el disfrute de un buen churro mientras juegan ajedrez, el de un porro familiar, rolado en torno de una fogata en la playa, en medio de la oscuridad nocturna, o el consumo de pajaritos y derrumbes con los amigos, se vuelven actos de goce único, casi de culto a la droga. En este punto, el narrador enlaza la pasión de los jóvenes por la grifa con su afición a los palíndromas, y presenta dos bellos ejemplos que sintetizan ambas inclinaciones: a la mota tómalas; a la gorda drógala. Sin duda, un par de palíndromas de factura destacada, que se deslizan naturalmente en la trama.

Esta aspiración de libertad, que es el anhelo renovado en cada generación de jóvenes de cada lugar del mundo, es un tema primordial en la novela.

El narrador hace un ejercicio de retrospectiva y en él encuentra a sus amigos de antaño. Pero, quizá lo más significativo es que se encuentra a sí mismo y, acaso recordando que Unamuno decía que la vida de cada uno de nosotros no

es más que una novela, al escribir la suya, transforma sus demonios internos en el bello tema de la aspiración de libertad que alentaba la vida de él y sus amigos.

También es notoria la red sutil de fatalismo que cae sobre los personajes, y no los deja realizar del todo su anhelo de vivir la libertad como ellos quisieran. Hay un cierto barniz pesimista que permea la obra, y se deja ver, de vez en vez, en las reflexiones del narrador y de los personajes.

Como cuando filosofan que nada es para siempre ni todo para nunca, o que para vivir hay que matar a alguien, aunque sea uno mismo; o que pasamos la vida camino al matadero y sin poder chillar como los cerdos. Ese fatalismo realista adquiere tintes proféticos, cuando vaticinan que algún día el gobierno va a tomar su paraíso y lo va a joder. A lo mejor no por la fuerza, pero lo hará de alguna manera.

Los personajes son, según sus propias palabras, héroes aliviados de lo cotidiano. Y el narrador confiesa al final, molesto por los abusos de los militares, su decisión de escribir algún día la historia de sus peripecias. Esta revelación trasluce la idea constante de que los escritores escriben contra el olvido. Escriben novela para eternizar el momento, para atrapar el tiempo y fijarlo en la memoria.

Felicidades a Gustavo Marcovich y a Ficticia Editorial por la publicación de esta excelente novela que, además, se lee de un tirón, y es altamente recomendable.